

# Soy un hombre

Por: Begoña Santos Cortizo

©Begoña Santos Cortizo, 2024

Aviso legal:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

## Tabla De Contenidos

[Introducción](#)

[Viernes1](#)

[Sábado2](#)

[Domingo3](#)

[Lunes4](#)

[Martes5](#)

[Miércoles6](#)

[Jueves7](#)

[Viernes8](#)

[Sábado9](#)

[Domingo10](#)

[Lunes11](#)

[Martes12](#)

[Miércoles13](#)

[Jueves14](#)

[Viernes15](#)

[Sábado16](#)

[Domingo17](#)

[Lunes18](#)

[Martes19](#)

[Miércoles20](#)

[Jueves21](#)

[Viernes22](#)

[Sábado23](#)

[Domingo24](#)

[Lunes25](#)

[Martes26](#)

[Miércoles27](#)

[Jueves28](#)

[Viernes29](#)

[Sábado30](#)

[Domingo31](#)

[Lunes32](#)

[Sábado37](#)

[Miércoles41](#)

[Jueves42](#)

[Viernes43](#)

[Primer Viernes Octubre](#)

[Conclusión](#)

[Otros títulos de la autora](#)

## Introducción

“Afirmación: me llamo Marcos, soy un hombre y he venido a quedarme. ¿Acaso no puedo existir?

ITEM- Estoy cansado de toda esta mierda ¿es tan malo dejar que salgan fuera mis sentimientos naturales?¿es horrible desear físicamente a una mujer?¿dar hostias cuando te agreden?¿tengo que soportar ser la escupidera de la sociedad?¿Esconder lo que soy? Como si fuera un vampiro o un zombi o un monstruo.

ITEM- Pues ahí van mis sentimientos, su pelo me volvió tarumba, me gustó Lidia y fui a por ella, me la hubiera echado al hombro, pero había mucho dedo suelto en los móviles y por eso me aguanté. Me parece que no es una falsa y que yo le gusto de verdad, el problema es que nuestra relación parece un circo por la que se ha montado. A lo mejor no debería ser tan directo. Pero estoy intrigado por ver por donde me va a salir la pava.

ITEM- Si hubiera sido un poco más precavido no me hubiese estrellado contra el suelo con ella porque al final es como todo, un cuento, una falsa, una decepción. No quiero verla por delante. Siento una rabia tan enorme que la mataría por eso prefiero perderme en un monte, como el animal herido que soy.

Por más que lo pienso no consigo comprender porque la gente miente así, para qué lo hacen. ¡Por qué es tan mala perra!

-ITEM- Me da asco, no sabía si podría contenerme si la veía, pero lo hice. Porque soy fuerte, porque no podrá conmigo la cabrona.

ITEM- Me dio de leches y se lo permití, Lidia es diferente a cualquier persona que conozca, no se atiene a normas ni patrones de comportamiento rancios, ella es...ella. Y por eso no tengo ni puta idea de cómo tratarla y por eso meto la pata una y otra vez con ella.

Menos mal que no es rencorosa que si no...

Pero es que me la hace a cada paso, y yo dale que te pego con mis complejos de macho herido.

¡Esto es la hostia!”

Marcos tiene un pie en la adolescencia y otro en la edad adulta. Y ninguno de los dos respeta su masculinidad.

¿Es tan malo ser un hombre?

Sí.

Rotundo.

En esta sociedad ser un hombre es tabú.

Tener fuerza es una afrenta, saber defenderse es de criminales, que se te ponga dura y se te note es...una agresión sexual en toda regla.

No se pueden devolver los golpes a una mujer, no se pueden devolver los insultos a una mujer, si te gusta una mujer ojo con que te acuse de acoso,...

¿Qué queda? Callar, soportar, soportar, apaciguar al hombre que llevas dentro, y llorar mucho, eso gusta. Depiladitos, sumisos, sacando músculo en los gym para lucirlos en Instagram y nada más, y, en definitiva, escondiendo su sexo. ¡Es lo que hay!

Esta es una historia sobre la frontera entre la adolescencia y el mundo adulto, sobre la dificultad de encontrar la identidad de un hombre en esta sociedad, sobre trazar la línea que delimita lo que se permite hacer y lo que se necesita hacer.

En definitiva, cruzar el camino tortuoso de convertirse en un hombre sin caer en el veneno social del qué dirán que mancilla la pureza de los sentimientos masculinos en favor del dudoso apoyo a la esencia femenina reduciéndola a seres débiles a los que hay que ayudar y proteger.

Para avanzar, el protagonista descubre que ser un hombre no está reñido con ser un compañero, un equipo donde una parte complementa a la otra, sin niveles, sin dobles raseros y sin perder la esencia de lo masculino y de lo femenino donde ambos son débiles y fuertes, sin más.

¡Que disfrutes de mi libro!

Con mucho gusto responderé tus comentarios.

Begoña Santos Cortizo

## Viernes

Salgo del instituto con la mochila tirando de mis hombros.

La recua se dirige al semáforo, por lo menos hay cinco hileras, unos detrás de otros, mezclados con unos cuantos viejos desubicados entre tanto vocerío.

Ni que estuviésemos en un concierto de rock.

Llevo puestos los pinganillos y estoy escuchando The zoo, de Scorpions. La música va al ritmo de mis pasos y de cómo me quedan los sesos después de las seis horas de clase.

A mi lado tengo a tres chavalas, una rubita pequeña con risas tontas en los labios, y dos morenas con el pelo liso hasta la cintura.

De vez en cuando me miran de reojo mientras comentan sus rollos con chicos a grito pelado. Le meto caña a la voz para que no interrumpan la canción. Estoy harto de oírla, pero también estoy harto de tanta tontería.

El semáforo pasa al verde, todos a cruzar en manada, todos muy animados, algunos se empujan jugando, yo me aparto a tiempo de que un tío se da media vuelta para golpearle el hombro al que tiene al lado. Las chicas protestan y los insultan. Yo acelero para perderme entre las calles que me van a llevar a casa. Esquivo a la peña para evitar trompazos y por fin llego al portal de mi edificio.

-¡Marc! –Me llaman por mi nombre de instituto y me tocan en un hombro con fuerza, me quito los pinganillos y veo a Roby (su nombre de instituto) a mi lado. –Esta noche quedamos en el centro ¿vienes?

Me encojo de hombros.

-¡Vamos, no seas pringado!

-Ya veré si me apetece.

-A Carla le fastidiará si no vas.

-No me gusta esa tipa.

-Pero para estrenarte no está mal. Ella puede enseñarte un par de cosas.

-¿Cómo te las enseña a ti?

-Bueno, hay que probar de todo.

-¿Antes o después de Elena?

-Las dos al tiempo.

-Como se entere tu girlfriend te va a dejar sin huevos.

-Ya se ha enterado de otras y sigue ahí.

-Bien por ti. –Respondo harto de los líos de Roby. Le palmeo el hombro y meto la llave en la cerradura.

-¿Vas a venir o no?

-Ya te lo dije, ya veré si me apetece. –Abro la puerta, muevo la mano a modo de despedida y entro en el frescor del portal.

Pero en mi casa tampoco estoy a salvo de las chorradas, nada más entrar, mi hermana me sacude el pelo.

No me importa porque ni me peino, tengo el pelo lacio y me llega ya a los hombros, a las tías de clase les encanta revolvérmelo a la primera de cambio, dicen que lo tengo muy suave. Roby dice que me quieren follar más de una y eso le jode porque a él no lo chulean.

Ojalá tuviera yo su suerte, pero no la tengo.

Le rebuzno un gruñido a Mona y me voy directo al baño, la mochila la tiro al suelo y abro la pretina, me saca la polla y mientras meo, sin dejar ni una gota fuera del váter, pienso en que no está mal. Más bien es grande. Cuando me empalmo en la calle creo que todos me lo notan, a más de uno le he dado un puñetazo por intentar tocármela. Bueno, dos años atrás, ahora miran, pero no tocan.

Salvo ellas.

Ellas me tocan el culo, me tocan el pito, si me descuido, y casi me enseñan los pezones al inclinarse.

Como discretas no lo son.

Ir el finde por ahí es una tortura, están en celo, como dice mi madre, ya no hay géneros, no hay hembras o machos porque, según ella, los tíos son corderitos que maman todas las tetas que se le ponen por delante y las tías son...agresivas con los hombres. Vamos que se nos comen crudos. Eso por lo que ella ve cuando sale por la noche a cenar y pasa por donde nos juntamos.

No dice nada de las viejas del gym que te tiran fichas a matar. Pero eso es otra historia ¿no?

Aporrean la puerta del baño. Ni siquiera contesto, mi hermana me vigila, tiene trece años, yo, cuatro más, casi dieciocho y parece muy interesada en mis actividades baño adentro.

Le encanta cotillearme con sus amigas. Cuando entran en casa, yo siempre cierro con llave la puerta de mi cuarto.

Hay gente en el insti amargada porque se meten con ellos, dicen que es acoso, ¿y a mí no me acosan?

A veces me encantaría tirar por la ventana a alguna de mis compañeras.

Salgo del baño y me aparto de Mona que espera escudriñándome con los brazos en jarras y una sonrisa torcida en la boca.

Esta será una más de las que le tocarán el culo al que le guste. O ya lo está haciendo. Me la pela, la verdad.

Me tropiezo con mi madre que sale de la cocina y me saluda.

-Voy a cambiarme. –le corto antes de que empiece con cualquiera de sus historias. Cierro la habitación con llave y me tiro en la cama.

Me saltan un montón de mensajes.

¡Si acabo de salir de clase! Siempre igual.

Cinco chicas de clase, dos del insti y tres amigos. Todos quieren que vaya hoy. Si fuera un relaciones públicas me follaría.

¡Estoy hasta los cojones de tanta insistencia! ¡Dios, prefiero tocarme que liarme con alguna de esas locas que luego se creen que son mis dueñas! Lo que le pasa a más de uno que yo conozco.

Acabarán pensando que soy un maricón, espero que no, porque entonces tendré que cubrirme por delante y por detrás.

Voy a tener que poner fin a todo esto. El curso que viene voy a ir a la uni y paso de tener al lado a una tía histérica.

Necesito nota para entrar en el CAFYD pero voy muy bien, por lo menos en eso no tengo problemas con mis padres. Mona se lleva todas las broncas. Pero como es una chica, es fuerte para soportarlas.

Me río de ese pensamiento y me petan en la puerta, Mona me avisa de que ya está la comida.

El ritual de la mesa es siempre el mismo, mis padres comentan cosas del trabajo, de lo caro que está todo, de lo estúpido que es el tío, la tía, los hermanos, ¡joder que cotillas de mierda! Espero no convertirme en eso con los años. Y seguro que lo que menos me va a apetecer después de trabajar, es hablar del trabajo. Aunque me guste un huevo ese trabajo.

Mi hermana está todo el rato con el móvil hasta que mi madre se lo quita de las manos en cuanto deja de cruzar datos con mi padre. Entonces empiezan con ella y entonces termino yo de comer y les digo que tengo deberes.

¡Genial! Mi espacio libre de gente. Apago el móvil, me tiro en la cama y veo en la Tablet vídeos de tiktok de animales. Pero entremedias hay tantos vídeos estúpidos que me estoy pensando lo de pasar también del tiktok.

Me he borrado del Insta personal porque ver culos, tetas y morritos me hacen dormir la siesta y luego estoy atontado para estudiar.

Gente aburridaaaaaaa.

Sí tengo Insta, pero es para dar a conocer los vídeos cortos que hago para promocionar eventos, conciertos, o cosas que me interesan. Mis padres no saben que gano algún dinero haciendo cortos para gimnasios, tiendas de cómics, ropa, sats...cosas del estilo.

El dinero lo guardo porque quiero irme de casa cuanto antes.

Los padres están bien cuando eres niño, yo soy un hombre y quiero decidir en mi vida, y comer lo que me dé la gana. En definitiva, ser libre.

Eso hizo mi padre con catorce años, mi madre a los dieciocho ya se había liado con papá y a los veintiuno se casó, ahora trabaja en un centro comercial media jornada.

Pero creo que quieren tener lo mismo que yo, privacidad.

A veces los oigo, entonces me pongo los cascos y escucho alguna música o una serie.

A las nueve dejo de buscar temas que le vayan bien a un corto para venta de coches de ocasión que quiero subir para atraer ese mercado.

Abro el armario, tomo una camiseta ajustada de sisas negra y un pantalón negro de chándal y ya está. Hace calor y paso de sudar.

Finalmente voy a salir con Roby y los otros, las noches valen para buscarme clientes.

Tengo suerte al salir y no me tropiezo con nadie, todos están acostumbrados a mis idas y venidas.

A veces mi madre me hace el tercer grado, que si me gusta alguna chica, que si tomo drogas, que si fumo, que si bebo. Pero yo no hago nada de eso, no me gusta beber porque no me gusta perder el control, y del resto...bueno soy un flojo para meterme en líos con tías. Creo que me dan miedo.

Me río.

Lo que me da miedo es aguantarlas. Las amigas de mi hermana montan verdaderos espectáculos cada vez que el rollo de turno se les jode. Lágrimas, gritos, insultos...

Vuelvo a sonreír. Con mi hermana de escudo estoy libre de las monsergas de mi madre. No da abasto entre ella y sus amigas.

Y mi padre...en fin, creo que nos miramos con desconfianza, no sabe cómo tratarme y yo tampoco sé cómo tratarlo a él.

De todos modos, no soy un hijo conflictivo, más bien soy un hijo ausente, por mucho que mi madre intente que le cuente mis historias.

¿Y qué le voy a decir? ¿Qué la gente de mi edad me parecen extraterrestres incomprensibles? ¿Qué tengo ganas de escaparme a una montaña desierta en plan ermitaño? ¿Qué estoy deseando tener una edad en la que me consideren un hombre? ¿Qué solo quiero ganar dinero y estar a mi puta bola?

Por lo menos no tengo unos padres que me estén encima pretendiendo controlar hasta las veces que meo, y no lo digo de broma.

Salgo del portal y me voy al centro de Vigo. En el Náutico ya hay un montón de peña bebiendo y fumando. Mary grita y se echa a correr en mi dirección con los brazos abiertos, en cuanto me alcanza me aparto a un lado y sale disparada hacia adelante. Frena en seco y se pone en jarras con mala cara.

-¡Serás cabrón!

-Gracias. –La dejo y voy hacia el grupo. El humo de los pitos los señala con el dedo, eso y las voces, aunque por aquí todos gritan.

Siempre me ofrecen bebida, siempre me ofrecen tabaco y siempre dicen que en cuanto saque el carnet los llevaré a todos por ahí de juerga porque soy el zero-zero.

Y yo siempre sonrío y les digo ¡Esperad sentados!

A buenas horas voy a llevar vomitolas en mi coche.

Y aquí estoy con las manos en los bolsillos del chándal, varado como un cachalote en medio de una manada de delfines dando gritos, saltando y contándose las intimidades de unos y otros.

Más cotillas. ¿Es que nadie puede hablar de algo interesante?



-¿Te aburres? –Me vuelvo hacia Carla que sujeta mi brazo con su garra perfectamente arreglada. Me dan escalofríos de pensar que esa mano toque mi miembro. Me retiro un poco y la mano cae al vacío.

-No mucho. –Respondo al mismo tiempo, no me gusta tratar mal a nadie, ni que se tomen a la tremenda mi manera de ser.

-He visto tu insta, nunca sale tu cara.

-Prefiero que vean mis vídeos.

-Pues deberías aprovechar tu físico, eres alto, de hombros anchos, culo prieto y buenos pectorales. Y muy guapo.

-Gracias, me lo dicen muchas.

-Supongo. –Se calla pensativa y luego sonrío. –Son buenos. Los ritmos de las canciones encajan con el movimiento de lo que grabas.

Sorprendido, vuelvo a agradecerle el cumplido.

-Tengo un tío que tiene un hotel, le he enseñado tus cortos y pareció interesado.

-¡Ey de qué habláis tanto rato! –Mary se mete en medio de los dos de espaldas a mí, se restriega contra mi torso descaradamente. Me alejo unos pasos.

-De nada cariño. –Responde Carla sonriéndose.

-¿Vendrás al concierto? –Mary se vuelve hacia mí y me pasa las manos por encima de la camiseta.

-No lo sé. Según sople el viento del norte. –Estoy acostumbrado a esquivar compromisos de cualquier tipo, la gente se ofende con facilidad y yo sé muy bien que los menos pensados pueden reportarme beneficios. Como Carla y su tío. Una buena oportunidad.

-Van a ir todos. –Sujeto sus manos y las aparto de mi cuerpo.

-Ya lo voy viendo. –Tengo unas ganas de mear de un par de cojones, pero buscarme un sitio sin que me siga alguna va a ser chungo. No es la primera vez que me pasa.

-Elena está aquí. –Me dice Roby dándome un codazo y apartándome de Carla y Mary.

-Quiero mear. –Le respondo yo para que entienda que me la sudan sus historias.

-Pues vamos, yo también quiero.

-¿Cómo las chicas, de dos en dos al baño? –Nos reímos del chiste. Roby y yo hace tiempo que nos hemos visto las pollas.

-Marc no sé cómo te las apañas, ¿por qué no mojas?

-¿Por qué mojas tú tanto? Ahora estás escapando de tu chica por mojar demasiado.

-Es que se pone como loca cuando no estoy a su lado todo el rato, dice que como le vuelva a poner los cuernos, me deja.

-Pues que te deje. –Me encojo de hombros. Hemos salido de entre la muchedumbre y voy a buscar un lugar seguro y oculto para mear.

-No lo entiendes, ella me gusta de verdad.

-Pues no le pongas los cuernos.

-Entonces se burlarán de mí.

¿Quiénes? ¿Esos idiotas que tienes por amigos?

-A ti no te importa nada de lo que digan de ti, pero a mí sí.

¿Y qué si hablan de ti? Si te gusta Elena quédate con ella, a los otros no te los vas a follar. –Me saco la polla y el chorro casi me salpica.

-Tampoco es que quiera pasar el resto de mi vida con ella. –Roby comienza a mear también.

-Si no os conocéis, con tanta gente de por medio, me parece a mí que nunca sabrás eso.

-A veces me gustaría ser tan libre como tú. Es que, aunque no quieras, te adoran.

-A la gente, cuanto menos caso se les haga, mejor. Como piensen que te pueden joder de alguna forma, lo harán solo para que seas tan amargado como ellos.

-Es verdad, no lo había pensado. Pero es mucha presión.

-Ya. –Me la sacudo, física y mentalmente, yo no gasto saliva inútilmente y Roby es un clon de todos los demás.

A la gente le encanta controlar a los demás, que todos sean inferiores a ellos y sino, al menos, que estén tan jodidos como ellos. Y eso no cambia con la edad.

Envidia, el deporte nacional.

“Nadie puede ser superior a mí, sino me lo cargo”

Ese es el lema de todos los que conozco.

Regresamos con el grupo y Elena se abalanza furiosa contra Roby, lo empuja delante de todos, y comienza a llamarle de todo.

Cansado de tanto dramatismo, contemplo a la gente que nos rodea, algunos observan la disputa entre la pareja, otros van a lo suyo, hartos, como yo, de tantos gritos y enfados.

Me fijo en una melena leonada castaña, es de esas de pelo grueso que cae por la espalda con movimiento. Me quedo mirando esa mata que va de un lado a otro de la espalda según los gestos de la chica.

Me dan un codazo y Roby me dice que se va con Elena levantando el pulgar. Yo no sé si es porque ha decidido pasar del que dirán los capullos o porque se la va a tirar y los capullos estarán dándole palmaditas mentales por su gran proeza de calmar a la fiera.

Regreso mi atención a la melena. Me siento hipnotizado por ella, sin importarme siquiera el cuerpo que oculta. Es como un poema para hacer un vídeo. Hasta sé qué música le pondría. Black Betty de Ram Jan. Podría servirme para promocionar un producto para el cabello, una peluquería...ondas infinitas, un mar encrespado dentro de un mar encrespado.

-¿Qué piensas tú? –Miguel se interpone entre la melena y yo. Frunzo el ceño confundido. –Crees que Roby se ha pillado.

-Me la pela. –Intento alzar la cabeza para seguir mirando el pelo, incómodo por los cotilleos y porque no me dejen soltar mi imaginación creativa, ya estaba produciendo en mi cabeza el vídeo.

-Si sigue así estará capado en nada. –Miro a Miguel fijamente sin decirle nada, mi expresión se lo dice todo. Lo miro como si viera a un ser insignificante, un insecto molesto.

El levanta las manos y se aleja para continuar despellejando a “su amigo” con los otros. Yo regreso a mi labor creativa mientras dejo que el grupo se dedique a cotillear de sus historias.

La melena se ha detenido por completo. Entonces me fijo en el trasero cubierto por unos vaqueros blancos y unas bailarinas color crema que lleva en los pies. Es de estatura mediana, me llegará a mí, su cabeza al pecho. Y no veo más.

Está con tres chicas, todas con minifalda y taconazos.

Sin darme cuenta me voy en esa dirección, tengo curiosidad por ver su cara.

En dos zancadas me planto a su lado. Tiene un perfil de nariz recta, labios ni finos ni gruesos, y puede que sus ojos sean castaños, con pestañas ni largas ni cortas.

Está callada, quieta, escuchando atentamente a otra teñida de rubio que gesticula emocionada. Se dirige a ella mientras las otras las observan interesadas.

De repente la melena se menea negando y con un alzamiento de manos, como desistiendo, la chica se gira y choca conmigo que la agarro por los brazos para sujetarla.

-Perdón. –No me mira al decirlo, la suelto al tiempo que su compañera le agarra del brazo.

-No te enfades, es la verdad ¡lo juro! –Ella intenta soltarse. Sus movimientos van acordes a su melena, su cara encaja a la perfección, rebelde, orgullosa, impetuosa,...me hipnotiza.

-Me es lo mismo, ya está. No tengo nada con ese, así que puede hacer lo que quiera. –Levanta el brazo y la otra la deja.

-Lo hacen, aunque tengan algo contigo. –Replica dolida la amiga rubia.

-Ester eres un caso. Solo es un tío en el que me fijé, nada más. No quiero ser la madre de sus hijos. ¿Por qué te cuesta tanto entenderlo?

-Hace tiempo que no te enrollas con nadie.

-¿Y? ¿Es obligatorio?

-No, pero...

-Es raro no tener al pavo de turno encima ¿no? Pues te diré un secreto, no necesito ir colgada de nadie, puedo sobrevivir sola perfectamente, así no me llevo chascos tipo Diego como tú.

-Tampoco tienes porque enfadarte conmigo.

-¡Mira que te gusta el drama! No me he enfadado, es que me pone mala que insistáis tanto. Si miro a un tío, ya os ponéis como locas.

-¡Tú eres Marc, verdad! –La voz de una de las otras dos me saca del hipnótico embobamiento que tengo absorbiendo la conversación y los movimientos de la chica de la melena. Esos labios parecen deliciosos.

El resto me mira entonces dándose cuenta de mi presencia. Me encojo de hombros, ya estoy metido en un lío. Pero esa vez no me importa. La chica de la melena me mira con el ceño fruncido, sus ojos echan chispas mientras que el resto me mira gratamente sorprendidas. Y menudos ojos, le brillan de verdad con la rabia.

-Te conozco del insti. –Explica la chica llamada Ester y las otras asienten. –Del patio.

-Suelo caer por ahí cuando tocan el timbre. –Respondo.

-¿Quieres algo? –La pregunta abrupta de la chica de la melena me hace sonreír al mirarla. Si ella supiera lo que quiero...¿y por qué no?

-Te quiero a ti. –Respondo decidido. Hay muchas chicas dispuestas por ahí, tal vez ella lo esté también.

Las otras formaron una O con sus labios y por detrás, un grito de ofuscación se mezcla con una especie de silencio a mis espaldas.

No pierdo de vista los ojos castaños de la chica que me devuelve la mirada confundida.

-¿Estás de broma, no? –Es lo que responde.

-No. ¿Podemos hablar sin tanta audiencia? –Señalo un sitio a mi izquierda dónde hay coches aparcados sin gente.

-Prefiero que haya audiencia. –Sus ojos se entrecierran con desconfianza.

Miro en derredor, mi grupo al completo me contempla estupefacto sin querer perder ni una palabra, uno incluso nos está grabando. Carla me mira como si me quisiera clavar algo.

Perfecto. La primera vez que me interesa alguien y tengo a la plana mayor de espectadora.

Como nunca he prestado atención a los cotilleos, tampoco en ese instante me importan demasiado los que vendrán el lunes.

Tomo aire, nada en este mundo me detendrá ya, mucho menos la vergüenza que nunca tuve.

-De acuerdo. Me gusta tu estilo, me gustas tú. ¿Tengo alguna oportunidad de conocerte mejor?

Lo suelto despacio, acercándome a ella tanto que tiene que levantar la cabeza para mirarme y pestañea varias veces antes de recuperarse de la impresión. Creo que por fin me está mirando conscientemente. Y noto que se ha puesto nerviosa.

-Supongo que sí, pero...

-No te voy a hacer daño, ni soy un acosador, ni un chiflado. Tú pones las reglas y de momento las aceptaré.

-¿De momento?

-Supongo que pronto cambiarán. –Sonrío. No puedo evitar tomar un tirabuzón de su pelo y estirarlo. Cuando lo suelto vuelve a rizarse. Su textura es muy suave y rebelde. Como ella.

De repente la vuelvo a mirar, ella tiene un deje de sorpresa, pero también de excitación.

Pasa la lengua por los labios y baja la mirada.

Está esquivándome.

Me alejo dos pasos, no quiero que se asuste.

-Ellas me conocen. –Señalo a sus amigas. –Si quieres hablar conmigo, seguro que me encontrarás.  
–Señalo a mi grupo. –Ellos tienen mi número, si quieres, te lo darán. Espero que te decidas pronto.

Me doy la vuelta y escucho voces a mis espaldas que cada vez se hacen más fuertes.

Me cogen del brazo cuando alcanzo los coches aparcados. Me giro despacio y Carla casi me abofetea. Consigo atrapar su mano al vuelo y, sin hacerle daño, le advierto.

-No vuelvas a intentarlo, no soy uno de tus peleles. -Tomo mi móvil y me dispongo a hablar con ella de una vez por todas. Pero preparado, por si acaso.

-Eres un cabrón desgraciado, eres... ¿Por qué ella?

-Porque sí. ¿Por qué yo?

-Me gustas desde hace tiempo.

-Y mientras tanto lo pasas muy bien.

-¿Querías que me reservara para ti?

-¡No! Joder no me interesas, deberías aceptarlo.

-¿Por qué?

-No lo entiendes. Ser guapa, tener un cuerpo espectacular y ser accesible no es lo que me atrae de una chica.

-¿Me estás llamando puta? ¿Qué sabes tú de esa? ¡Puede ser igual que yo!

-Ya lo averiguaré solito. De momento me interesa. Y no te llamé puta, dije que te lo pasas bien y me parece estupendo, el cuerpo es algo bueno, hay que disfrutar con él, pero follar no es amar y creo que si amas no te importará tanto follar como estar con tu pareja disfrutando de las cosas tontas y simples de la vida.

-Marc, yo te quiero.

-Me extrañaría mucho. Tú deseas lo que no puedes tener.

-Dame una oportunidad.

-Si yo hiciera lo que tú haces a una chica, me llamarían acosador, me tendrían miedo. Y si yo abofeteara a una mujer, no te cuento. –Me detuve un instante antes de seguir mi discurso. -El no, es no para todos y tú eres un no para mí. ¿Tendré que defenderme de tus garras por decir esto? Y si lo hago, entonces la polí me echará la culpa a mí porque soy más grande, porque soy más fuerte. Tengo que

controlar demasiadas cosas cuando estoy cerca de vosotras. ¡Ya está bien! Te lo advierto, como vuelvas a violentarme te daré la lección que te mereces.

-¿Me amenazas?

-Si no te controlas, haré que te arrepientas de meterte conmigo y no te pienso tocar físicamente. Yo no pego a mujeres, pero me voy a defender de vosotras, sí o sí.

Me doy la vuelta y sigo mi camino. Esta noche no hay suerte con el trabajo. Tal vez la chica de la melena sea lo único bueno del día. Tal vez.

Son las doce de la noche cuando abro la puerta de casa y allí está mi madre, por lo visto esperándome.

-¿Qué pasa? –Se lo pregunto desconfiado porque nunca había esperado a que llegara.

-Mira esto. –Me da su móvil y me muestra el vídeo de mi presentación a la chica de la melena. Las noticias corren rápido por Vigo. –No me importa que te interese una chica, pero no entiendo porque tengo que verlo yo y que sea tu hermana quién te cotillee.

-Son cosas que pasan ahora mamá. Todos tienen mucho interés en lo que hago, precisamente porque nunca hago nada. No saben por dónde voy a tirar.

-Me extrañaría mucho que esa chica quiera saber nada de ti. Estará en el punto de mira de todo el mundo. Todos querrán saber su respuesta. ¿Has pensado en eso?

-Te voy a decir en lo que estoy pensando. Mis relaciones las voy a gestionar como me dé la gana y no tengo porque explicarte nada sino me apetece. Además, por lo que parece voy a estar de moda unos días, de manera que acostúmbrate. Y siento ser brusco, pero esto es el colmo. ¿Te hubiera gustado a ti que tu madre te hiciera esto cuando conociste a papá? ¿O a cualquier otro? Te recomiendo que te mantengas al margen. Los chismes de móvil perjudican a los que los miran. Yo no les presto atención, así es como se sobrevive en estos tiempos con la gente de mi edad.

-Perdóname Marcos, tienes razón. Es que esto es muy nuevo para mí. –Me abraza fuerte y yo le devuelvo el abrazo. Se separa y me sonrío. –Además lo has hecho muy bien, eres todo un hombre, decidido e imperturbable. Pero esa pobre chica...no sé yo si te querrá mirar a la cara después de esto.

-Me voy a dormir, mañana iré a la playa a correr. –Al cortarla tajantemente la estoy advirtiendo de que vuelve a meterse en dónde no debe.

-Claro. Buenas noches.

-Buenas noches.

Cerrando la puerta pienso que mi madre tiene razón. Si la chica de la melena es una insegura, como parece que son todas, estoy jodido.

Menudos hipócritas de mierda, salen en Insta enseñando todas sus chorradas, sus cuerpos, sus historias, pero cuando los graban en un momento inoportuno ponen el grito en el cielo.

Pues si intenta esconderse de mí, la encontraré, la sacaré a la superficie y sabré de qué pasta está hecha. De un modo u otro me la sacaré de la cabeza.

## Sábado

A las ocho salgo de casa con los pantalones cortos y por debajo el bañador. Hace buen tiempo y nadaré un rato después de llegar corriendo a Samil. A mitad de camino ya llevo la camiseta blanca colgando del pantalón. Sudo a mares y tengo ganas de llegar a la playa para refrescarme.

He decidido no coger el móvil en todo el finde. Ya sé lo que voy a ver y me interesa un huevo.

El sol quema mi cabeza y el pelo me golpea la cara chorreando sudor.

Cruzo el paso de cebra y me voy directo al agua. Quito las deportivas, los calcetines, el pantalón y los echo sobre la arena, luego corro a la orilla y me lanzo al agua. El frío me sobrecoge unos segundos, pero luego el ritmo de mis brazadas me hace entrar en calor.

Recorro un extremo y cuando vuelvo dónde he dejado la ropa, me dejo llevar boca arriba. La marea está baja y la ría parece un lago en calma.

Miro el cielo azul y sonrío. El ejercicio es un maravilloso relajante. Si no fuera porque me moriría de hambre, me quedaría en la playa todo el día. Pero no he llevado dinero, ni móvil, ni siquiera una miserable toalla. Y eso me gusta. Me gusta estar en medio de un monte sin nada más que mis recursos naturales. Tener el control total de mi supervivencia.

Salgo del agua esquivando a los paseantes madrugadores. Recojo mi ropa y camino hacia la arena seca para tumbarme en ella.

-¡Marc!

Se me cae la ropa al suelo. Allí está Roby en la acera, moviendo los brazos y llamándome a grito pelado. ¿En serio?

Me tiro en la arena boca arriba y cierro los ojos. No tarda nada en estar a mi lado.

-¿Qué pasó ayer tío? –Al no responderle me da con el pie en el muslo, yo cruzo mis piernas con las suyas y lo tiro al suelo echándome encima y riendo.

Las risas se nos escapan mientras luchamos en la arena para ver quién gana.

Quedamos embadurnados de arena sin dejar de reír.

-¡Puag! –Roby escupe la arena de la boca. –Vamos al agua. –Se quita la ropa y se queda en bañador. Corro detrás de él, lo atrapo, lo lanzo al suelo y mientras lo veo rodar me adelanto y salto al agua riendo a carcajada limpia.

Tardamos en regresar a nuestras cosas. Las recogemos y subimos a la acera para no volver a llenarnos de arena.

-Me quieres explicar qué pasó ayer. –Roby no va a dejar de darme la lata con eso.

-Ya lo viste. –Me siento en un banco del paseo dejando mi ropa a un lado. Roby echa encima la suya y de pie y en jarras frunce el ceño esperando mis palabras. –Es lo que hay. –Me encojo de hombros.

-Lo que hay es que te has lanzado a por una tía que no conoces de nada y la has dejado que te avergüence si no te llama.

-¡Qué miedo! No volveré a levantar cabeza.

-Para la única tía que te interesa, vas y te expones de esa manera. Ya están haciendo apuestas.

-Roby, yo no tengo tus problemas con la gente. Me importa poco lo que piensen. Déjalos. Además, no te va lo de ponerte en plan de padre conmigo. Te recuerdo que no tengo conversación con mi padre.

-Entonces...¿te gusta?

-Sí. De momento me gusta lo que he visto.

-¿Te acostarás con ella?

-Y mi calzoncillo será verde prado. ¿En serio Roby?

-Vale, no me cuentes nada.

-Si conozco a la gente, no te va a costar enterarte de lo que suceda entre ella y yo. Lo van a grabar todo.

-Menuda mierda.

-¿Te has traído a todos a la playa? –Por la izquierda se acercan sus cinco amigos con un balón.

-Pensé que te vendría bien un poco de ejercicio.

-¿Más? Lo que tengo es un hambre de lobo, vine corriendo, he nadado y te he tirado al suelo. Todo esto con un desayuno miserable en la panza.

-Tengo unos pistachos en la bici.

-Eso no me llegará para nada. Me voy a ir. –Comienzo a ponerme la ropa cuando los demás nos alcanzan.

-Ey ¿Te vas?

-Tengo hambre y he venido corriendo. –Les explico terminando de ponerme la camiseta con el sudor reseco.

-Lidia me ha pedido tu móvil. –Bruno sonrío como si supiera algo que yo no.

-¿Qué Lidia?

-Tú Lidia. La chica del vídeo, esa que quieres para ti. –Las risas comenzaron a soltarse a mi alrededor.

-Mi Lidia,...bien por ella, ¿se lo diste?

-Claro, tú dijiste que nos lo pidiera si lo quería.

-Cierto. Pues gracias Bruno. –Le palmeo la espalda y comienzo a marcharme. El resto me sigue.

-¿Crees que te llamará? –Vuelve a la carga Bruno.

-Espero que sí.



-Si no te llama se van a hartar de reírse de ti.

-Bruno, ¿tengo cara de que me molesten las risas de la gente? A mí me encanta provocar risas, lo prefiero a provocar envidias o cabreos. Yo me hartó de reírme de mí cuando me miro al espejo por las mañanas. Además, la cosa tiene su gracia, ¿Por qué no se van a reír? La suerte está echada. Si gano, genial, si pierdo ya habrá otra oportunidad. Lidia no es la única mujer del planeta que puede interesarme.

-Mira que eres raro. –Bruno sacude la cabeza de un lado a otro.

-Sí, muy raro, es que me es difícil sonrojarme como tú y mira que lo he intentado en el espejo, pero nada. –Bruno se acerca con malas pulgas, yo levanto las manos y me alejo riendo. –No te enfades que es broma. No se puede ser perfecto siempre, y recuerda que hay mucho dedo suelto con el móvil.

Empiezo a correr para regresar a casa. Me siento muy bien, ya sé el nombre de la chica de la melena leonada. Lidia. Y se ha interesado lo suficiente como para pedir mi móvil. Perfecto.

No dejo de sonreír hasta llegar a casa.

Después de ducharme me voy directo a mi habitación, cierro la puerta y cojo el móvil. Obvio todos los contactos y busco el de Lidia. No me ha mandado nada. Todavía.

Me pongo unos pantalones cortos sin nada por encima y me tiro en la cama. Lo malo de estar pendiente del móvil es tener que escuchar los mensajes de entrada y tener que ver a cada poco si es ella o no. Pero ya no me importa. Lo sufro con satisfacción. Tarde o temprano tendré noticias de ella, sino ¿Por qué iba a pedir mi móvil?

Salgo del cuarto con el móvil en el bolsillo y me voy a la cocina. Allí pillo de todo, galletas, bollos y queso. Me hago un zumo de naranja y me voy al salón donde está mi madre cambiando de tiesto una planta.

-Vienes con hambre.

-Fui corriendo a Samil y luego estuve nadado.

-¿No hace mucho calor?

-Sí.

-Por la tarde vamos a ir a la playa con Mona, ha quedado allí con unas amigas.

-Gracias por la advertencia. –Nos reímos.

-Tu hermana va dando tumbos con los estudios.

-Si no le gusta estudiar, que lo deje, seguro que encuentra pronto un chollo. Hay gente que no quiere perder el tiempo sentado cinco horas al día, mamá.

-Lo sé, tal vez encontremos algo que le guste de verdad.

-Es joven para tener claras las ideas.

-¿Y tú?

-Iré a la uni a hacer CAFYD, ya te lo dije.

-¿Y te gusta eso?

-Me gusta el deporte.

-¿Nada más?

-¿A qué viene tanta insistencia? –Me he terminado dos bollos y el queso con el zumo. Aparto las galletas de chocolate.

-No sé. Creo que eres un artista de la música.

-No toco ningún instrumento. –Mi madre me provoca muchas veces escalofríos, parece olfatearme las intenciones.

-No. Pero la música y tú estáis conectados de una manera especial. Desde niño llevabas muy bien los ritmos, los movimientos.

-Eso puede ser una afición, pero mi trabajo, con lo que pienso ganar dinero, es con lo de CAFYD.

-Bueno, siempre podrás cambiar de rumbo, eres joven. Y aunque fueras viejo, conozco a mucha gente...

-Mami me voy a mi habitación a estudiar, el martes tengo un examen.

-Vale, vale, ya lo pillo. –Nos reímos y me voy.

Pensando en las palabras de mi madre me siento ante mi escritorio. Tiene razón, siempre se puede cambiar el rumbo. No hay nada escrito en piedra.

Ojeo de nuevo los mensajes. Mi sorpresa es mayúscula cuando leo el mensaje de Lidia. Dice “A las ocho podemos quedar en el arenal”

¡Otra vez en el arenal, no! Le respondo con rapidez, ella me mandó el mensaje mientras hablaba con mi madre.

“Mejor quedamos a las cinco y cogemos el barco a Cangas, el paseo esta guay”

Espero a que conteste, cosa que hace bastante pronto. Me gusta que me lea rápido.

“Vale”

“En el náutico a las cinco, el barco sale a las y media, tienes la tarjeta xoven?”

“Sí, ya he ido más veces”

“Entonces quedamos ahí”

“Okis”

Mi felicidad es total, no parece amedrentada por lo de ayer, ni parece molesta con la notoriedad que le ha caído encima de la noche a la mañana. Quiere estar conmigo, conocerme. Sonríe contento. Tal vez el feeling que he sentido por su melena leonada me ha llevado hasta una persona que también hace juego con ella.

Mi familia se fue a la playa a comer, tan pronto llegó mi padre recogió a Mona y a mi madre con los bártulos y marcharon a toda prisa para conseguir aparcar.

Yo me lo tomo con calma, como, mirando una serie y me visto con un pantalón de chándal y unas deportivas, vuelvo a escoger una camiseta de sisas azul marino y con el móvil, el dinero y las llaves de casa me voy a pillar el bus.

Estoy nervioso, para que voy a negarlo, esa chica me interesa más de lo que me parecía al principio. Espero que todo vaya bien, pero nunca se sabe.

Llego a menos diez y la busco con la mirada, ella ya está ahí, mirando el móvil, sentada en un banco. Me acerco emocionado. No es de esas personas que te hacen esperar. Un punto para ella.

-Hola. Me inclino para besarle la mejilla. Ella sonrío y me besa la mía. Se levanta al momento.

-¿Cogemos los billetes? –Propone sonrojada esquivando mi mirada. Lleva el pelo recogido con unos pasadores para que no le moleste en la cara, pero le cae por la espalda como una cascada de miel. El aire se lo menea indecentemente, a veces con violencia y otras tan despacio como una caricia. La sigo y me pongo a su lado.

No puedo evitarlo, en la cola para coger los pasajes, me la como con los ojos. A la luz del día está mucho mejor, se ha puesto unos pantalones vaqueros cortos y un top que le deja al aire la cintura. Siento un cosquilleo increíble en las manos con las ganas de ponerlas ahí y sentir su piel desnuda en ellas.

Tomo aire y desvió la mirada a la señora bajita de delante. Ella tampoco habla, tiene la vista al frente con la tarjeta en la mano que lleva el móvil.

Pagamos y en cuanto nos damos la vuelta para salir a los muelles, ella mete sus cosas en el pequeño bolsito verde claro que le cruza el pecho con sus tiras trenzadas. ¡Por Dios, no me había fijado en el tamaño de sus pechos! A pesar de lo delgada que está, no los tiene pequeños, creo que me llenarían la mano.

“No.No.No. No pienses en eso Marcos”. Aire. Levanto la mirada al cielo. Si me empalmo me da algo.

-Esto es muy raro. –La miro rompiendo de repente mis dificultades para controlar mi cuerpo. Sus ojos castaños con puntitos verdes están clavados en los míos aguardando alguna respuesta.

-En cuanto nos acostumbremos un poco, estaremos más cómodos.

-Has montado una buena ayer. Medio Vigo nos ha visto.

-Pero a ti te da igual ¿no?

-Es incómodo.

-Te pedí que fuéramos a un lugar con menos audiencia.

-¿Eres de los que recuerdan los errores de los demás? –El tono agresivo fue una bofetada mental.

-Perdona, es que ya sabía lo que iba a pasar. Me tienen muy controlado. ¿Me perdonas?

-¿Por qué te tienen controlado?

-Por muchas razones, pero la principal es que nos les hago caso. No pueden manipularme ni controlarme.

-Eso me gusta. Los chicos soléis fanfarronear solo por quedar bien los unos con los otros.

-¿Qué pasa? Lo dices con desconfianza.

-No te conozco. Pero desde que me has hablado, desde ayer, me llegan chismes de ti por todas partes.

-Ahora tienes al original enfrente dispuesto a que lo conozcas. No tengo ningún secreto oscuro, te lo puedo asegurar.

-Tienes razón, los chismes casi nunca son verdad.

-¿Alguna experiencia mala? –Llegamos a la pasarela y ella se apoya en la barandilla, el viento remueve su melena y el olor a colonia me llega a bandazos. Me imagino metiendo la cabeza en el revoltijo de cabello ondulado. ¿Serán rizos naturales?

-Ayer mismo, Ester me estaba contando sobre un chico que me gustaba, me decía que lo vio con una tipa abrazado a ella.

-¡Y?

-Que era una prima de vacaciones.

-¿Y? –Me mira a los ojos sonriendo cortada. Mi ansiedad se había mezclado con algo parecido al enfado. Ella pone su dedo en mi ceño fruncido y lo mueve en círculos para hacerlo desaparecer. Termino sonriendo también.

Durante unos segundos nos miramos, sus ojos risueños me dan permiso, mis nervios no consiguen frenar las ganas de acercarme a sus labios. Se los rozo con los míos, son suaves, frescos y se ríen en mi cara.

Los dos nos echamos a reír.

La cojo de la mano y se la aprieto. Así, sin hacer nada más que mirar cómo se acerca nuestro barco y con su mano entre la mía, me siento feliz, el aire entra fácilmente en mis pulmones, y el mundo se convierte en algo divertido y lleno de posibilidades.

-Están saliendo del barco. –Me informa haciendo que gire la cabeza. Ni me he dado cuenta de que el barco ha atracado. La gente sale apurada como si se fuera a acabar el mundo. Los observamos hasta que no queda nadie y los que están a la cola para entrar, comienzan a hacerlo. Ella tira de mi mano y yo la sigo.

Se coloca delante y su cabello me golpea varias veces. Le cojo un mechón al vuelo y lo enredo en mi dedo. Se desliza cuando ella da un paso más en la fila y regresa con sus compañeros alborotados.

Al entrar, el chico que trabaja en el barco, le coge la mano para ayudarla a subir. Y no me gusta nada su sonrisa. Ella se lo agradece rápidamente y se da la vuelta para mirarme a mí con una sonrisa resplandeciente. Eso me gusta más.

Salto al interior y me atrevo a tomarla de la cintura. Su piel sedosa me da la bienvenida. Juntos, subimos a la parte de arriba y nos colocamos al fondo de todo. Allí sentados esperamos que zarpe el barco. Le pongo la mano sobre los hombros y ella se acurruca contra mí. El olor de su cabello llega a marearme de las ganas que tengo de meter la cabeza en esa masa de miel y aspirar hondo.

Aspiro el olor del mar y me conformo con eso. De otro modo Lidia saldrá corriendo espantada por mi fijación con su melena.

-Antes venía en barco con mis padres.

-¿Tienes hermanos? –Le pregunto sin soltarla. Su pelo me acaricia la barbilla, no le veo la cara porque la tiene apoyada en mi hombro.

-No. Mis padres solo me tuvieron a mí.

-¿Dónde estudias?

-En el Coia 4. ¿Irás a la uni?

-Haré CAFYD. –Ella se separa de mí un poco y me mira a los ojos.

-Eso se estudia en Pontevedra.

-Primero tengo que sacar nota.

-Dicen que es difícil.

-¿Y tú que vas a hacer?

-No se lo he dicho a nadie.

-Pero a mí sí que me lo vas a decir.

-Quiero ser tatuadora.

-¿En serio? ¿Y cómo se aprende a eso?

-Por favor, por favor, no se lo digas a nadie.

-Lo que tú me digas jamás saldrá de mi boca, ni lo que hagamos juntos, ni siquiera si decidimos ser pareja y luego nos dejamos. Tienes mi palabra de que nunca hablaré de ti. ¿Lo crees verdad?

-¿Tú tampoco quieres que yo hable de ti?

-Te lo agradecería. Aunque tampoco me va a importar. Nunca seré carne de cotilleos que me afecten porque nunca me arrepiento de lo que hago, solo aprendo por el camino.

-Me encanta como hablas. Dices las cosas tan seguro. Me encanta que estés seguro.

-No es que yo esté seguro, porque ciertamente no sé cómo acabará este día. Pero, pase lo que pase. habré actuado como soy y de eso nunca me arrepentiré.

-Yo quiero tatuar, me gusta pintar, dibujar, sé que se me da bien, además es una pasión que tengo. He visto vídeos y he comenzado a tatuar a alguna gente. Chorradas de momento, pero me encanta.

-¿Y esa gente que tatúas, no se lo contará a tus amistades?

-No. Son gente de un grupo de telegram, yo tatúo en la casa de un chico que también lo hace. Es divertido. Y nadie lo sabe.

-¿Un chico?

-Es muy majo y su casa está al lado de la mía. Somos vecinos de toda la vida.

-¿No le gustarás a ese chico?

-No. A él le gusta una tía de mi insti. Estoy intentando que se conozcan, pero no soy amiga de ella. Se llama Rebeca.

-Tatuadora. Nunca pensé en hacerme un tatuaje, pero podría pensármelo si eres tú quién me lo hace.

-Puedo hacerte un diseño si me dices qué temas te gustan.

-Y yo puedo hacerte un vídeo de promoción cuando estés dispuesta.

-¿Haces vídeos?

-Tu melena fue lo que me llamó la atención ayer, estaba imaginándomela con la música adecuada para promocionar un producto para el cabello. Tienes un pelo precioso, con un ritmo propio, se mueve solo. Es especial. –Dicho eso se lo tomo entre las manos y me lo paso por la cara como una toalla. Aspiro profundamente mientras Lidia se parte de risa.

-¡Qué tonto eres! –Me lo quita de las manos y me las golpea jugando.

-¡Ey, que duele!

-¡Qué pena me das!, hablando de golpes, esa chica de ayer casi te da una torta de cuidado. –La mención de Carla me recuerda lo que hablamos y dejo de sonreír. –¿Qué le pasaba?

-Está intentando que me enrolle con ella.

-Nunca intenté esa táctica. –Sonríe, y yo lo hago también. –Aunque con tus reflejos no me serviría de mucho. Se la paraste al vuelo. También hubo comentarios sobre eso. Muchos. Os grabaron a los dos.

-Lo supongo.

-En verdad no te importan los cotilleos.

-Lo que me importa es que la gente comprenda lo que estoy dispuesto a aguantar y lo que no. Y creo que Carla ya lo ha entendido, y si no, se lo demostraré.

-Suenan a amenaza.

-Más bien a advertencia, si juega con fuego que luego no se extrañe si se quema.

-Jamás te echas atrás. –Me mira como si yo le asustara un poco, o al menos le impusiera.

-No soy un maltratador, ni física ni mentalmente, pero tampoco voy a dejarme pisotear por histerismos o amenazas. Yo sigo mi camino sin meterme con nadie, no creo que sea un delito no querer estar con una persona.

-El problema está en esto. –Y me toca el bíceps.

-No. El problema es que este es un mundo de locos. Los padres ya no pueden soltarle un sopapo a sus hijos sin miedo a que les quiten la custodia y los hombres ya no pueden ser hombres. Si soy homosexual ya entro dentro de las bendiciones sociales, si soy súper sensible también, pero si quiero ser un hombre, ¡cuidado! ¡Tengo músculos, y que no se me ocurra usarlos, salvo en el gimnasio o para presumir por la calle!

Si una chica me insulta y le respondo, se me echan encima mil más. Pero el maltrato del insulto de una mujer a un hombre no está mal visto porque resulta que nos los merecemos todos y cada uno. – Me detengo sorprendido, nunca me di cuenta de la rabia que siento sobre ese tema. Ella me mira pensativa.

-Debe de ser difícil. –Dice finalmente.

-Un elefante en una tienda de porcelanas. Así me siento cada vez que salgo a la calle.

-Nunca lo había pensado, normalmente os liais con unas y con otras, presumís de vuestras hazañas sexuales y os peleáis por tonterías.

-Salvo yo. El bicho raro de Vigo.

-Me gusta ese bicho raro. –Noto en ella el mismo sentimiento de mi madre hacia mí cuando siente compasión.

-Espero que no me estés compadeciendo. –Lo digo algo seco y disgustado. Ella me clava los ojos antes de responder.

-Soy muy selectiva con quién me lío por todo lo que dije antes, no me gustan los niños, me gustan los hombres. Me gusta hablar con una persona que no se deje influir por mis críticas, a mí tampoco me gusta ir por ahí pisando huevos. Si tú eres seguro de ti mismo, yo podré ser yo misma. Como iguales.

-Entonces somos los dos únicos bichos raros de Vigo. –Nos reímos.

-Estoy segura de que hay más, lo que pasa es que se camuflan para poder pasar inadvertidos. El problema es que tú nunca podrías pasar inadvertido.

-¿Ah, no?

-Demasiado guapo para eso.

-¿Ah, sí? –La risa de ella se une a un ligero codazo que me da.

-Pero que no se te suba a la cabeza.

-Tranquila no soy de esos, además agradecería que las chicas dejaran de tocarme el culo cuando paso por su lado. –Las carcajadas de Lidia me hacen reír a mí. Su risa es de esas contagiosas. Tardamos un rato en parar.

-¿En serio te tocan el culo?

-Y todo lo que pueden.

-¿De verdad?

-Sí. Pero eso no es acoso, eso es gracioso.

-Un poco sí que lo es.

-¿Ves? Hasta a ti te lo parece, ponte en mi lugar y cambiarás de idea.

-Algunos chicos les gusta, lo mismo que a algunas chicas.

-Hay de todo en este mundo, pero te garantizo que yo no soy de esos chicos y la mayoría de las chicas, si les tocas algo, la tienes liada.

-Seguro que a ti no te la van a liar si les tocas algo.

-No, porque a mí me agarrarían por el pescuezo y me obligarían a...-Me paro a tiempo.

-Eso que dices es muy fuerte, pero reconozco que algunas que yo sé, lo harían sin dudarlo.

-¿Ves?

-Ser guapo es un asco. -Afirma divertida.

-Gracias. -Se sorprende cuando lo digo.

-¿Por qué?

-Por hacerme hablar de este tema sin que me convierta en un miura.

-¿Miura?

-Un famoso toro de lidia.

-¿Un torito bravo? -Sonríe y yo se la devuelvo. Definitivamente Lidia tiene algo que me hace ver las cosas sin el velo rojo de la rabia.

-Este torito bravo quiere mover las piernas. -Me levanto y ella me sigue, el barco ya ha llegado y nos vamos a la cola para desembarcar. La mano pequeña de Lidia se entrelaza con la mía, me va siguiendo desde atrás y yo sé que está sonriendo.

En el puerto de Cangas nos quedamos mirando el mar y los barcos unos instantes.

-¿Y ahora qué? -Me pregunta sonriendo, con su mano entre la mía. Se la aprieto.

-¿Paseamos o vamos a beber algo?

-Si tienes sed, mejor bebemos primero.

-Tengo sed.

-Pues vamos.

Recorremos el margen izquierdo donde hay un montón de cafetas. Lidia no se decide por ninguna. Seguimos caminando y cruzamos, continuamos por la calle paralela al paseo, allí no hay muchos bares, pero de repente se detiene en uno que hace esquina y es una bocatería.

-¿Aquí, por fin? Creí que íbamos a beber antes de pasear.

-Podemos hacer ambas cosas al mismo tiempo. Dicen que las mujeres somos famosas por eso, y yo te enseñaré encantada a ser tan bueno como nosotras.

-Pues gracias. -Se desvía y se mete por una calleja que da al mar. -¿Y ahora qué? ¿no íbamos allí? -El meneo de su trasero es su respuesta. La sigo, por supuesto. ¿Quién no seguiría a ese trasero?

Se sienta ante unas mesas que dan al mar y en seguida aparece un camarero a atendernos, venía detrás de mí. Ese trasero es en verdad excepcional si llama hasta a los camareros a seguirlo.



Pedimos dos refrescos y ella me sorprende pidiendo también un bocata especial de la casa, de esos que llevan de todo.

-¿Conoces este sitio?

-Sí. Vine el año pasado con unas amigas.

-¿Y el bocata?¿Tienes hambre?

-Un poco y seguro que tú tienes más. Con lo grande que eres te debes de comer todo lo que se te ponga por delante. Mi padre es así. –Y se ríe. Yo frunzo el ceño en broma, pero al rato estoy riendo también.

-¿Has pedido el bocadillo pensando en mí? –Eso me hace sentir como un rey.

-Sí. Pero no te acostumbres, soy muy mandona y malhumorada.

-Me gustan las mandonas, si se pasan, les pongo freno en seguida, pero a veces las dejo mandar. Son divertidas.

-¿Y las malhumoradas?

-Nunca me he tenido que ver con ninguna, será un desafío.

-Pues prepárate porque me va a venir la regla y la semana antes, yo soy la miura.

Nuestras risas reciben a las bebidas.

-Un día vi un tatú que me gustó.

-No. –La respuesta tajante de Lidia me desconcierta. –Nunca, nunca te hagas un tatú igual que el de otra persona. Negativo. Nunca.

-¿Y sobre el tema?

-Eso es otra cosa, qué tema.

-Tótem animal.

-Cuál es el tuyo.

-Ni idea.

-Se puede averiguar. –Rebusca en su móvil. -¿Tu fecha de nacimiento?

-Treinta de Octubre, ¿y la tuya?

-Veintitrés de marzo. Yo soy halcón y tú eres Serpiente. –Levanta la vista del móvil y me mira.

-Halcón y Serpiente.

-Aries y Escorpio. Nos vamos a matar. Nosotros no retrocedemos nunca, ni para coger impulso.

-Tendremos que querer lo mismo y entonces no tendremos que discutir.

-Bueno, las discusiones no están tan mal.

-¿No?

-No. Porque luego vienen las reconciliaciones.

-Tendremos que buscarnos una casa alejada sin vecinos porque entre los gritos y las reconciliaciones no les vamos a dejar dormir. —A Lidia, que está bebiendo, se le sale el líquido disparado de la boca y comienza a toser y a reír. Yo le palmeo la espalda sin dejar de reír también.

-¿Entonces tengo que tatuarme una serpiente enrollada en mi brazo?

-Es un animal oscuro, espiritual, aunque también servicial y divertido. Eso pone aquí.

-Muy espiritual, como tu melena que me hace trascender al cielo. —Le cojo un largo mechón que se enrosca sumisamente en mi dedo. Ella me lo quita de repente y sonriendo señala el enorme bocadillo que trae el camarero.

Por un rato dejamos de charlar, comemos mirando el mar, a la gente del paseo, y Vigo al fondo. Es el mejor bocata de mi vida.

Luego vamos a pasear, Lidia baja por unas escaleras que llevan al mar y en la última nos sentamos sacando los deportivos para mojarnos los pies.

Inspira fuerte y largo con los ojos cerrados y me quedo prendado de su cuello esbelto, y de cómo su melena roza el escalón de atrás al son de la suave brisa del mar.

-Es raro poder estar tan cómoda con alguien. —Susurra con una sonrisa en los labios. —Tenías razón en que lo estaríamos pronto.

-Habla por ti. —Respondo. Ella abre los ojos y mira mi expresión seria. —Te veo y me dan ganas de tocarte. Sobre todo, cuando estás así, relajada.

-Y por eso yo he cerrado los ojos. Para no verte a ti.

-Qué graciosa.

-Pero es cierto.

-¿Quieres tocarme?

-Claro que quiero, me gustaría meter mis manos en tu pelo, debe de ser muy suave, tocar tu mandíbula y tu pecho.

-Cambio mandíbula por cintura y quiero lo mismo que tú. —Ni siquiera sonrío. Lo digo muy en serio, sintiendo ya su pecho en mi mano, la suave piel de su cintura contra la palma de mi mano rozándola contra su melena de miel.

La miro expectante, ella me mira a mí unos segundos, y luego baja la vista.

-Aquí no. Estamos en un paseo lleno de gente. —Eso me desinfla y al tiempo me enardece.

-¿En otro lugar? —Sugiero esperanzado.

-En otro día. —Mis ojos la interrogan. —No me gusta ir deprisa. —Y aquello me desinfla totalmente. Me toca la mano con dos dedos. —Pero no creas que no me cuesta esperar. Con los otros me ha sido sencillo, pero contigo...

-Bien. Me alegro.

-¡Que malo eres!

-¿Por qué me siento mejor sabiendo que lo pasamos mal los dos?

-Mal de muchos, consuelo de burros.

-Burro frustrado.

-O torito bravo.

-¿Andamos un poco más?

-¿Soy demasiada tentación aquí?

-¿Tú que crees? –Nos calzamos, me levanto y le cojo la mano para auparla. Ella sube delante de mí y pienso que mueve las caderas expresamente para fastidiarme.

El móvil de Lidia comienza a sonar, ella contesta a la llamada y su cara me dice que pasa algo gordo. Cuando cuelga la veo asustada.

-Mi madre se ha caído cogiendo cerezas de un árbol. Ahora está en el hospital, no sé si se habrá roto un brazo o algo.

-En diez minutos pasa otro barco, vamos. –La tomo de la mano y casi corremos hacia el puerto.

El regreso es muy silencioso. No le suelto la mano, ni la fuerzo a hablar. Me ofrezco a ir con ella en su bus, pero se niega. Me despido con un beso en la mejilla y la veo subir al bus.

Me quedo allí mirando cómo se aleja hasta que lo pierdo de vista.

Mi móvil suena en ese momento. Es Miguel. No tengo mayor interés en hablar con ese, pero acepto la llamada.

-Tengo una noticia que darté. –Escupe a bocajarro.

-Qué.

-Es Carla, le ha dicho a su padre que la has amenazado con hacerle algo solo porque ella te ha dicho que te quiere. El padre se ha puesto furioso y quiere hablar contigo. Yo de ti llevaría un escudo porque ese tío te va a dar.

-Vale. –Me da la risa, si el padre de Carla me pega, se va a meter en un buen lío, salvo que tenga a bien esperar a mi cumple y para eso aún falta un poco. De todos modos, ya había previsto que Carla no se iba a rendir fácilmente y por eso guardé un as en la manga.

Le mando un wasap a Carla al momento.

“Si tu padre quiere verme podemos encontrarnos ahora mismo, estoy en el puerto, frente a Laxe”

No tardó mucho la arpa en contestar.

“Se lo digo ahora”

Espero un momento de nada y vuelve a mandarme un mensaje.

“En un cuarto de hora está ahí.”

“Ok”

Me dispongo a esperarlo sentado en un banco de piedra que da al embarcadero. Pronto Carla aprenderá una lección importante. Y su padre también aprenderá qué tipo de hija tiene.

El móvil vuelve a sonar, esta vez es Roby. Lo cojo y gruño un saludo.

-Me lo ha dicho Miguel, qué vas a hacer.

-He quedado con el padre de Carla. No te preocupes, hablaremos y ya está.

-Ten cuidado, esa tipa es de lo peor.

-Tranquilo. Chao. –Le cuelgo y me pongo a ver mensajes por si Lidia me manda algo.

-¿Eres Marcos? –Levanto la vista y veo a un tío de unos cuarenta y tantos con el ceño fruncido. Me pongo en pie y lo saludo con un hola. Él no me responde. -¿Qué problema tienes con mi hija?

Levanto el móvil y pongo a funcionar la grabadora. La conversación de ayer de su hija conmigo es escuchada atentamente por el hombre que pasa de fruncir el ceño a quedarse completamente sorprendido. Después de que terminara la grabación le muestro el video que grabó la gente donde se ve claramente cómo ella me levanta la mano y yo se la paro.

-Si puedes convencerla de que me deje en paz, te lo agradezco. –Le suelto sin más.

-No sabía lo que había hecho.

-Yo solo quiero estar tranquilo, nunca me he metido con nadie.

-Lo siento. Hablaré con ella. –Asiento con la cabeza y me doy la vuelta para irme dejando a un padre con el marrón de una hija con problemas. Seguro que les vendrá bien hablar largo y tendido.

No cojo el bus, prefiero ir andando a casa. Ha sido un día movido y estoy un poco nervioso. Lo de Carla es el remate.

El móvil vibra y lo miro, es Miguel. Rechazo la llamada y le mando un wasap a Lidia preguntado por su madre. No me contesta por lo que supongo que todavía no puede decirme nada.

Apago el móvil y apuro el paso. Necesito sacarme de encima tanta energía.

Al llegar a casa me voy directo a mi cuarto. Y al momento se abre la puerta. Mona se lanza sobre mí y me abraza con fuerza. Me besa en la mejilla y me sonrío.

-¡Eres un genio!

-¿Por?

-Esa Carla de las narices, menuda tipa, te quería meter en un lío. Has hecho muy bien. Se lo tenía merecido.

-¿De qué estás hablando? -¿Pero qué demonios había hecho el padre de Carla?

-Su padre habló con ella y le prohibió ir al viaje de fin de curso. Entre otras cosas. Me lo dijo una amiga que es amiga de una amiga de ella. –Me tira de la mano para hacerme sentar en la cama a su lado. –¡Venga, cuéntame qué le dijiste a su padre!

Me pongo de pie y la pongo de pie a ella, la empujo a la puerta y después de echarla de mi cuarto, le cierro la puerta en las narices. ¡Menuda hermana cotilla que me ha salido!

-¡Estúpido! –Me suelta desde la puerta cerrada. Ni le contesto. Enciendo el móvil y descarto cualquier cosa que no sea Lidia. Me ha mandado un wasap, lo leo, me dice que su madre está bien, que solo se ha esguinzado un brazo y que vuelve a casa más tarde. Le pregunto si quiere que nos veamos mañana y me dice que sí, pero que solo podrá salir un rato porque tiene que ayudar a su madre con la cena y las comidas. Le deseo buenas noches y me tumbo en la cama. Decido prepararme el examen del martes, hay algunas cosas que quiero repasar. Así también me olvido un poco del mal trago de Carla y sus castigos, y de la frustración por haber terminado mi cita con Lidia tan malamente.

## Domingo

Hoy no pienso moverme de cama, estoy cansado. Creo que mis padres piensan ir al monte a hacer un churrasco con mis tíos. Yo ya les he dicho que quería descansar.

La verdad es que no quiero más noticias de móviles, solo quiero estar tranquilo. Creo que terminaré siendo un ermitaño social. Cada vez se me hace más pesado escuchar chorradas.

El rostro de Lidia hace que desaparezca mi ceño fruncido y surja una sonrisa en mi boca.

Lidia.

Me hubiera gustado tocarla de verdad, que ella me dejara, que me diera el derecho a hacerle todas las cosas que me muero de ganas de hacerle.

Me estoy empalmando. Aunque casi siempre me levanto así. A veces me despierto corriéndome en la mano sin darme cuenta de que lo estoy haciendo. Y otras noches ni siquiera tengo que tocarme para lograrlo.

Entonces me toca cambiar las sábanas.

Pero ahora no quiero tocarme, quiero tocarla a ella, correrme en ella o en su mano, o en su boca o...

Me levanto de la cama de un salto.

Si pienso esas cosas no podré disimular cuando la vea.

También deseo hacerla sonreír, hablar con ella. Es tan real, tan auténtica. Miro mi reflejo en el espejo de mi cuarto y el bulto en mis calzoncillos me hace reír. Es cierto que la quiero toda, pero ahora lo que más quiero es su cuerpo.

Tengo que controlar esto de alguna forma. Las chicas lo tienen más fácil para pasar desapercibidas cuando están excitadas. No es que me avergüence de mi cuerpo, pero en esta sociedad ir por ahí luciendo una polla dura como una piedra es como agredir a alguien.

Me pongo los pantalones del pijama y salgo al pasillo. Mi hermana sale de uno de los cuartos de baño con el pelo mojado envuelta en una toalla, no me saluda, todavía está enfadada conmigo. Mis padres están en la cocina. Me cuelo en el baño y me ducho.

Cuando salgo, me voy a vestir y al rato estoy desayunando con mi familia.

Mona ya está tomando sus galletas de chocolate y mis padres hablando, como siempre, de sus hermanos y familia.

-¿Qué vas a hacer hoy? -Me lo pregunta mi padre, se llama Adolfo, me trago el trozo de magdalena antes de responder.

-Saldré por la tarde un rato.

-¿Vas con tu amigo?

-No. Voy con una chica. Lidia.

-Entonces tienes una chica. –Me extraña esta conversación. Mi padre nunca habla conmigo de nada. Menos de cosas personales. Miro a mi madre y me doy cuenta de que ella tiene mucho que ver con su sospechoso interés por mi vida.

-Solo nos estamos conociendo.

-Por algo hay que empezar. –Y sonrío. Terminó de beber mi cacao con leche. Y miro a Mona que sigue dándole vueltas a una galleta dentro de su leche. –Mona ¿tú no tendrás novio? –Ella respinga y sonrío.

-Hay demasiado donde escoger para quedarme con uno solo ahora. Quiero probar primero.

-Hablas como un chico. –La regaña con suavidad.

-Es que somos iguales, ¿no? Eso dicen en la tele, igualdad de sexo.

-Cada cuál es como es, y eso no es malo. –Replica mi padre, yo me sorprendo por sus palabras. – No es que no seamos iguales, es que somos hombres y mujeres, y cada cual brega con sus historias. – “Cuánta razón tienes papa” –Yo no me imagino pariendo o teniendo la regla o la menopausia. Como vosotras no os imaginaréis lo que es sentirse un hombre, que una mujer te tenga miedo al subir en ascensor con ella, o apuren los pasos si vas por la noche detrás. Y muchas cosas que tienen relación con lo que tenemos dentro de los pantalones. De modo, que iguales, no lo somos. Y tampoco queremos serlo porque las mujeres podrían trabajar en muchas cosas, pero no les interesa. A día de hoy tienen facilidades que no usan porque prefieren otros trabajos, y eso es tan bueno como lo contrario. Las personas deben hacer lo que les gusta, ya hay demasiados trabajos pesados que amargan a la gente. A mí me gusta ser informático, pero hay muchos compañeros que se han aburrido o que enferman de estar sentados tanto tiempo, la gente no debería permanecer en un trabajo si está a disgusto solo por ganar a fin de mes. A veces hay que tener valor y decidirse a cambiar, aunque lo pasen mal al principio. Luego será para bien.

Nos quedamos callados un rato intentando asimilar el mayor discurso que ha dado mi padre en años. Él nos sonrío tímidamente.

-¿Me he pasado? –Pregunta indeciso.

-No. Yo coincidí totalmente contigo. –Respondo de inmediato. Mi madre asiente también.

-Todo eso es muy bonito, papá, pero la gente no piensa así. –Aclara Mona. –La gente te pone en contra de la gente. Por eso dan tanto la tabarra con lo de que somos iguales, para ponernos en contra a unos con los otros. A mí me la pela ser igual o distinta, yo me aprovecho de la situación. No quiero tener un tío que me dé la monserga, que me impida conocer de verdad a otros. Si estoy con uno solo y no sé lo que me estoy perdiendo, luego nos dejaremos, o estaremos amargados. Por eso lo hago, no por probar por ahí, sino para estar segura de que quiero estar con alguien.

Esas palabras de Mona me llegan al corazón. Mi hermanita no es una flipada, tiene inteligencia. Es un día de descubrimientos. El silencio de mi madre me extraña, ella nos mira a todos con una sonrisa en los labios. De repente palmea sonoramente.

-¡Todos a recoger que nos vamos!

El pandemonium se adueña de la cocina, unos recogemos platos y los metemos en el lavavajillas, otros preparan en tapers la comida a llevar, otros limpian la mesa. En unos instantes todo está perfecto. En realidad, me sorprendo de que seamos un buen equipo. Pero lo somos.

Me voy al cuarto sonriendo y cojo el móvil. La mañana ha empezado muy bien.

Le mando un mensaje a Lidia.

“A qué hora quedamos, dónde” –Comienzo a recoger mi cuarto y antes de hacer la cama miro de nuevo el móvil. Ya me ha respondido. Sonrío mientras lo leo.

“Ha venido la hermana de mi madre así que puedo salir por la tarde, mi padre se encargará de ella”

“Qué te parece ir a Samil” –Prefiero Samil que el Vao, es más grande y con menos gente conocida.

“Vale, a las cuatro?”

“En el parque de los peces que está encima de la pista de patinaje”

“Vale”

Dejo el móvil y me pongo a hacer la cama.

Sé porque quiero ir a la playa con Lidia, lo que no sé es si no me habré metido en un buen lío. Tendré que ir con la camiseta larga por encima del bañador largo o tendré problemas.

Me petan en la puerta y mi madre la abre antes de que yo diga nada. Tiene una costumbre...

-Nos vamos. Que te lo pases bien. –Saluda con la mano y cierra de nuevo la puerta. Yo termino de hacer la cama y me preparo para estudiar un rato.

Llego a las cuatro menos cinco al parque y no la veo. Me siento en uno de los bancos de piedra de cara a la pista de patinaje y contemplo el mar, la marea está baja.

-Hola. –Me vuelvo y sonrío. Me pongo en pie y me besa la mejilla, yo se lo devuelvo. Esta vez lleva la melena recogida en un moño alto. Se lo toco con la palma de la mano y se ríe.

-¡No me despeines!

-¡Quítatelo!

-Ni en broma, si lo mojo no me seca ni para el día del juicio final. Tendrás que acostumbrarte, playa-moño, moño-playa.

-¡Qué mierda!

-Es lo que hay. –Se encogió de hombros y me toma la mano tirando de ella mientras anda.

Sus pantalones vaqueros de color blanco cortos me provocan un pinchazo en la polla. No puedo ir por ahí.

Levanto la vista al cielo y me pongo a su lado.

-Entonces no piensas mojarte el pelo y crees que meterte conmigo en el agua no te dejará empapada del todo. Eres una optimista.

-Estoy segura de que harás lo que puedas para evitar mojármelo, porque si me pongo malita no podré salir contigo.

-El sol te lo secará rápido.



-Ja. No sabes dónde te metes. Llevo dieciséis años lidiando con él. No seca ni a tiros. Me queda la parte de la nuca mojada, aunque se seque el resto y me congela, luego me duele la garganta y ya está armada.

-Pues te pongo boca abajo y te levanto la mata de pelo para que se airee. Por favor quiero vértelo suelto y quiero nadar como es debido, y salpicarte y jugar en el agua. No quiero estar con un poste repipi.

-¡Oh pero que pelma eres! Vale. Pero no lo voy a hacer todas las veces, ¿ok?

-Ok –Y dicho eso le quito la goma y me la pongo en la muñeca. Ella se ríe mientras yo le coloco el pelo a mi gusto. –Esto está mejor. Mucho mejor. –Susurro deslizado las manos por los rizos que parecen agradecerme la libertad volando por doquier.

-Te gusta ¿eh? –Su sonrisa pícaro me hace reír.

-Me encanta, si tuvieras más te lo cortaría y me lo llevaría atado a la mano para olerlo y tocarlo cuando quisiera.

-¿Te parece que tengo poco?

-No. Me gusta como lo tienes, por eso no puedo cortar ni un mechón.

Llegamos a la arena y en unos minutos Lidia elige el lugar donde quiere ponerse, a los pies del muro del paseo. Extendemos las toallas y nos quitamos la ropa. Su bikini es blanco, su piel es blanca. Lidia reluce al sol. Me imagino esa piel tostada rodeada por su melena y en verdad que me cuesta controlarme y no es que me guste menos tan blanca como la nieve, que me gusta, sin embargo, en cuanto se broncee un poco estará espectacular.

Se tumba a mi lado y se tapa los ojos con la mano mirándome medio ladeada.

-¿Qué pasa? –Me lo pregunta con tanta inocencia que me da la risa.

-¿Qué crees que me pasa?

-Me miras muy serio.

-No. Te miro con ganas.

-¡Ah!

-¿Ah?

-Eres muy persistente.

-Tú preguntaste. Si quieres te miento.

-No. Sí. Bueno...es que no soy muy buena para estas cosas.

-¿Con cuántos chicos has salido?

-Siempre he salido con otras personas, es decir, nunca me he quedado a solas con ellos. Bueno no demasiado a solas.

-Lo justo para daros un beso y poco más.

-Sí.

-¿Cuándo me miras no deseas tocarme?

-Claro, ya te lo dije.

-¿Y qué mal hay en que nos toquemos?

-Que me da miedo. Esto que siento no lo he sentido por los otros.

-¿Tienes miedo de que te guste demasiado y de que luego yo te haga daño?

-Creo que sí. Eso es. Lo has explicado mejor que yo.

-Es que yo siento lo mismo. Pero no por eso me voy a echar atrás. Si necesitamos tiempo, pues lo tendremos. Pero se me va a hacer insoportable.

-Quizá la playa no haya sido una gran idea. –Sonríe resignada mirándome de tal manera que me siento como una onza de chocolate.

-Vamos a tener que dejar que la cosa salga por donde sea. –Deslizo un dedo por su hombro bajando hasta su clavícula. Presiono ahí y el cuerpo de Lidia se tumba de nuevo lentamente sin dejar de mirarme a los ojos.

Dudo un instante y no logro contenerme, desciendo a sus labios entreabiertos y la beso.

Su boca me recibe titubeante, la busco y enseguida me responde sin esconderse. Sus manos alcanzan mi pelo y se entremezclan con él, la mía sujeta su nuca acariciando su mejilla con suavidad. Sabe a menta. Lamo sus labios y regreso a su interior bailando con ella a un ritmo primitivo que pulsa en mi entrepierna. Mis manos arden queriendo descender y meterse dentro de la braguita del bikini, me aparto de golpe y me tumbo boca abajo apoyado en mis codos.

-No ha sido una idea brillante. –Suspiro metiendo la cara entre mis brazos. Escucho su risa y tengo que reírme también. –Esto es una pesadilla.

-¿Y si nos metemos en el agua?

-Vale, tengo que enfriarme como sea. –La veo como se pone en pie de un brinco y corre hacia el mar. No me queda más remedio que levantarme e ir detrás de ella. Pero me duele un huevo, y nunca mejor dicho.

Lidia no es de las que se meten en el agua despacito, dando saltitos y temblando de frío. No. Es de las que se meten a lo bestia. Se zambulle y tarda un buen rato en salir. Yo alcanzo la orilla cuando ella sale de un salto del mar. Su cuerpo se ve un instante y vuelve a sumergirse en el agua que la cubre hasta la cabeza.

Su melena flota a su alrededor.

¿Y era ella la que no quería mojarse el pelo?

-¿Qué haces, métete?

Fácil decirlo para ella, pero mi miembro piensa de forma diferente. Decidido a no parecer un alfeñique corro mar adentro salpicando todo a mi alcance y me zambullo cerca de ella. Buceo y cuando veo sus piernas se las apreso y la sumerjo a mi lado. Ella patalea y me sujeta del pelo tirando de él. Yo atrapo su cintura y me voy con ella a la superficie.

Los dos jadeamos, Lidia escupe agua y se ríe. Yo la aprieto contra mi cuerpo y ella enlaza sus piernas en mi cintura mientras apoya la cabeza en mi hombro. Noto que me está chupando el agua de la piel y le pego un pequeño mordisco en el brazo que rodea mi cuello.

-No muerdas perrito. –Me advierte apretando las piernas entorno a mí.

-No lamas perrita. -Y le pongo las manos en el trasero situándola contra mi erección.

Nos miramos a los ojos, los tiene marrones en el centro y verdes alrededor, sus pestañas se han llenado de agua y su pelo me rodea a mí también. Me sostengo de pie sujetándola por el trasero contra mí y le lamo la boca. Ella la abre para mí y entro confiado. El oleaje nos menea suavemente, siento su pubis contra mi pene y me endurezco más. Me toca el pelo y no lo puedo remediar, mi mano se desliza dentro del bikini, le toco los pliegues, tanteo su cona, y meto un dedo despacio mientras los otros acarician su clítoris. Ella se menea contra mi mano, yo saco y meto la lengua al ritmo del dedo, ella gime en mi boca y se aprieta más contra mí.

Estoy a punto de explotar con la fricción, con su sabor, con su pasión. Más rápido, más rápido.

No puedo pensar. Le meto otro dedo y explota. Echa la cabeza hacia atrás gimiendo, yo no dejo de penetrarla hasta que ella se desploma sobre mi hombro, entonces me retiro y acaricio su espalda con la misma mano que la hizo correrse. Daría la vida por poder meterme allí donde estuvieron mis dedos. Mi corazón palpita tan fuerte que no escucho nada más. La necesito.

Me besa el cuello y regresa a mi boca.

-Gracias. –Me dice.

-¿Gracias?

-Tiene que dolerte. –Explica restregándose contra mi pene.

-Yo también he disfrutado. –Es cierto. No cambiaría nada lo que he hecho.

-Es que tú no has...

-Estoy acostumbrado a ir por ahí empalmado. A veces me ocurre en clase, aburrido como una ostra.

-¿De verdad?

-Cosa de chicos.

-¿Y qué haces?

-No me voy corriendo al baño a aliviarme.

-¿Entonces?

-Empiezo a prestar atención al profesor, se me baja enseguida. –Nos reímos. Lidia tiene una de esas risas que hacen reír a los demás, quizá porque ríe sinceramente. Lo mismo que se mete en el agua con ganas, y disfruta del sexo con ganas. Me encanta Lidia. Me la como con los ojos y ella se ruboriza.

-¿Salimos? –Me dice desenlazando las piernas de mi cintura. Yo se lo permito, pero en cuanto echa a nadar a la orilla le agarro un pie y se queda varada. Se da la vuelta y flota boca arriba sin intentar soltarse.

-Necesito una pequeña distracción. –Le agarro el otro pie y me la llevo a dar una vuelta mientras ella mueve los brazos para estabilizarse. De repente la suelto y la contemplo flotar plácidamente con una sonrisa en la boca. –¿Pino? –Se pone de pie de inmediato.

-¡Pino!

Me echo al agua de cabeza y saco las dos piernas por la superficie. Al momento veo su cuerpo haciendo lo mismo, el pelo le tapa la cara y me da tanta risa que tengo que regresar a la superficie.

He tragado agua y la escupo tosiendo. Ella está a mi lado palmeándome la espalda con fuerza.

-¿Qué te ha pasado?

-Me dio la risa.

-¿Te estabas riendo de mí? –Simula estar enfadada. Yo solo asiento tosiendo un poco más. De pronto mi cabeza se hunde de nuevo en el agua. Tapo la boca a tiempo y le agarro las manos que no me dejan volver arriba. Sus pechos penden sobre mi rostro, eso me distrae un segundo. Me entra el aire por la nariz y salgo disparado hacia arriba apartándola de golpe.

Ella se sorprende de la brusquedad, pero yo respiro por la boca y tapo la nariz soplando para sacarme el agua de dentro sin hacerle caso. Cuando me doy cuenta se encuentra alejada de mí con el ceño fruncido.

-¿Te has enfadado? –Le pregunto.

-Me hiciste daño en la cara.

-¿Te hice mucho daño? –No me acerco.

-Me diste un golpe con la mano.

-Si juegas con fuego puedes quemarte. –Se lo suelto acercándome.

-Eres un bruto.

-Te enfadas porque te duele, pero sabes que yo no te hice daño a posta. Seguro que quieres devolverme el golpe.

-¿Por qué lo sabes?

-Porque eso hace siempre mi hermana. Cuando se mete conmigo y me defiende, a veces no puedo controlar mi fuerza, y ella siempre, siempre, me arrea cuando le hago daño. De modo que, quién es más bruto, el que hace daño sin querer o el que lo hace queriendo.

-¡Marc eres peor que un filósofo! Joder, claro que me gustaría darte una torta, me duele la mandíbula.

-Pues la culpa la has tenido tú.

-Solo estaba jugando.

-No la tienes por eso.

-¿No?

-Me tenías las tetas en la cara, casi me ahogo de la impresión. –Mi afirmación la hace callar de pronto y luego empieza a reír a carcajada limpia. –Con que esas tenemos. -Le agarro la cintura y la acerco a mi cuerpo, detiene de pronto sus risas y me mira a los ojos, me inclino sobre su rostro, mis labios recorren su mandíbula levemente dándole pequeños besos. Al llegar a su boca regresan a la zona dañada sin dejar de besarla. Ella se relaja y me agarra por los hombros. La esquina de su boca me dice que sonrío. –¿Está mejor así? –Le susurro en los labios. Ella asiente y siento que toma aire con fuerza. –Si no salimos del agua me vas a matar. -La suelto despacio y comienzo a nadar a la orilla.

Salimos cogidos de la mano. Y al llegar a las toallas nos tumbamos boca arriba. El sol empieza a secarnos y no nos soltamos la mano. Se la acaricio con el dedo y sonrío.

-¡Por fin! –La voz de Miguel me sobresalta. ¡No es posible! Abro los ojos y contemplo al chico meneando la mano y ladrando un ¡Está aquí! Me incorporo, Lidia ya lo ha hecho y mira sorprendida al amigo de Roby. Luego me mira a mí, nos soltamos la mano de inmediato y nos ponemos de pie.

-¿Me estáis buscando?

-Mona nos dijo que pensabas venir aquí. –Tengo que recordar cortarle la lengua a mi hermanita. Roby y el resto del grupo, seis chicos en total, se encontraron de repente comiéndose con los ojos a Lidia.

-¿Vais a jugar al balón? –Les pregunto para apartar su atención de mi chica. Ellos miraron el balón.

-Pues claro, ¿juegas?

-¿Ey y yo qué? –Lidia menea las manos como diciendo “estoy aquí”. Todos, sin excepción la miramos asombrados. –Se me da bien. –Se encoge de hombros explicándose.

-Por mí vale. –Dice Miguel. El resto lo apoya. Yo lo apoyo.

-¡Pues vamos! Esperad que me cambie. –Coge mi camiseta y se la pone por encima sin pedir permiso. Y eso me hace sentir como jamás me he sentido. Como si yo fuera suyo. Como si ella fuera mía. Se ha puesto también sus tenis. Todos la miramos mientras se recoge el pelo en una coleta.

Perfecta.

-¡Ya estoy! –Esas palabras son como el pistoletazo de salida para el grupo. Las camisetas salen volando, las deportivas también. Cuando todos estamos solo con el bañador nos dirigimos a la zona de la arena mojada. La marea está baja de todo y tenemos mucho espacio para jugar sin molestar a nadie. Comienzan a hacer las marcas de las porterías.

-¿Por qué te cubres con mi camiseta?

-Que tonto eres, si juego en bikini acabaré con las tetas por fuera. El bikini solo vale para bañarse delicadamente. Cuando vengo a nadar de verdad uso un bañador. Y no preguntes porque no juego sin la parte de arriba, las tetas cuelgan y me duelen si andan dando botes por ahí.

-Pero no me discutirás que el resto íbamos a disfrutar de lo lindo viéndolas botar.

-¡No quiero jugar con ventaja! –Dice corriendo hacia el balón que alguien ya ha tirado en el suelo.

Con una sonrisa me pongo a jugar.

Lidia no juega mal, es pequeña pero muy rápida, no tiene nuestros músculos, pero es resistente y persistente. Va a por el balón y lo pasa con maestría a su grupo, yo estoy en el contrario, no juego con

ganas porque solo tengo ganas de tumbarla, me dedico a corretear admirando su trasero y sus piernas, su sonrisa y de pronto se cae al suelo y rueda llevándose consigo a Carlos. Él la sujeta para evitar hacerle daño. Me acerco corriendo y la pongo en pie.

- ¿Te duele algo? –Su risa le impide hablar.

-Se tiró a posta. –La acusa Carlos.

-Es cierto. –La voz de Miguel era sorprendida.

-¿Has hecho trampas? –Lidia asiente sonriendo. –¿Sabes que a los tramposos se les castiga?

-¡Castigo! ¡Castigo! –Vocean todos. Ella se para de reír y se aparta de nosotros. Intenta escapar hacia la orilla. La atrapamos. Unos la sujetamos por los brazos y otros por las piernas. No deja de patalear y gritar. Sus insultos harían ponerse rojos a los tomates. Menuda barriobajera.

-¡Cabrones! ¡Puteros de mierda...! ¿Qué hacéis...? –Entramos en el agua y la balanceamos, de repente la soltamos y cae al agua disparada hacia adelante.

Las risas del grupo son estruendosas, la gente nos mira con mala cara, un hombre se dirige a nosotros y nos increpa.

-¡Os parece gracioso tratarla así! –Lidia se acerca a la orilla toda cabreada.

-¡Me cago en la leche! –Me suelta una patada en la espinilla, yo me aparto dolorido. Miguel la agarra y ella le arrea otra patada. El chico se tira al suelo. El hombre se ríe por fin.

-¡Os está bien empleado!

Lidia sigue pegando al que se encuentra por delante. La gente la vitorea.

-¡YA BASTA! –Mi grito la detiene y se enfrenta a mí de nuevo. –¡Basta! –Le advierto a su ceño fruncido. –Si tienes tan mal perder, no juegues. Si no te gusta que te peguen, no pegues. ¿Quieres que te devolvamos los golpes o piensas que porque eres una chica nadie te puede tocar? ¿Tenemos que aguantarnos que nos agredas porque toda esta gente piense que es muy divertido que lo hagas y muy feo que nos defendamos de una fiera?

Lidia me mira puesta en jarras, está furiosa, mira alrededor y ve que se ha formado un corro de gente que la anima y otros que la miran mal.

-¡Vale! –Eso es una bomba. ¿Qué es lo que vale? Alza las manos. –Pido disculpas y os agradezco que no me hayáis devuelto los golpes. No debí pegaros. Me cegué. Por favor, perdonadme. No lo volveré a hacer. ¿Me perdonáis?

Los chicos murmuran un sí. Están cohibidos por la gente que los observa. Yo me he cruzado de brazos, ella se acerca a mí con sus tenis empapados y su cuerpo chorreando.

-Lo siento. –Con los brazos caídos y la cabeza gacha parece muy vulnerable. Mi impulso es abrazarla, pero mi cabeza me dice que no lo haga. Me ha dolido mucho su actitud, su agresividad y el poder de su debilidad. ¡Lo ha usado contra mí!

-¡El espectáculo se ha terminado! –Digo en voz alta y me doy la vuelta, la gente aplaude, no sé a quién.

Cuando llego a la arena recojo mis cosas de mala manera. No pienso quedarme ahí ni un segundo más. Estoy decepcionado, hartos de que me manipulen con su chantaje de sexo débil. ¡Hartos! ¡Joder con Lidia, creí que era diferente! ¡Joder!

Lidia me toca el brazo y me devuelve la camiseta. La cojo sin mirarla y me la pongo. Con las deportivas en la mano y la mochila al hombro me marcho de Samil sin mirar atrás.

Final de un finde extraño.